

POR EL AUTOR GANADOR
DEL PREMIO NEBULA

GREGORY BENFORD



EN EL OCÉANO DE LA NOCHE

CICLO DEL CENTRO GALÁCTICO: 1



A finales del siglo veinte una misión de la NASA debe destruir un cometa menor cuya órbita amenaza con colisionar con La Tierra. Pero el astronauta Nigel Walmsley encuentra algo en esa superficie desolada que le hace desobedecer las órdenes recibidas. Este es el punto de partida de esta ambiciosa novela que es el inicio de una historia futura de ámbito galáctico centrada en el enfrentamiento entre las civilizaciones cibernéticas y las civilizaciones orgánicas, entre los ordenadores y las mentes asociadas con glándulas. Una obra capital en la moderna ciencia ficción.

«Un hito en el futuro literario de la ciencia ficción». Publishers Weekly.

PRESENTACIÓN

A principios de los años ochenta, la editorial Simón & Schuster ofreció un fabuloso adelanto de 2 millones de dólares al famoso astrónomo y divulgador científico Carl Sagan por una novela, todavía no escrita, que debía tratar del primer encuentro de la especie humana con seres extraterrestres. Se trataba, evidentemente, de una operación comercial como otra cualquiera, que pretendía explotar la fama de Sagan tras el éxito de su serie televisiva *cosmos*. La novela, que —según estipulaba el contrato— debía llevar el título de *contacto*, apareció en 1985 y fue un éxito editorial pero provocó un cierto desencanto entre algunos aficionados al género de la ciencia ficción. Correcta desde el punto de vista científico e incluso humano por medio de su protagonista femenina, la novela no consigue levantar el vuelo de la imaginación habitual en la ciencia ficción. Quizá constreñida por la voluntad de su autor de no introducir más ciencia que la realmente existente en nuestro tiempo, la novela de Sagan carece de esa capacidad de fascinación que una brillante y arriesgada especulación confiere a la mayoría de buenas obras de ciencia ficción.

Y es que el tratamiento del «Primer Contacto» es uno de los temas centrales en la ciencia ficción y los buenos aficionados recuerdan multitud de novelas que abordan esa problemática con la capacidad de fascinación y sentido de la maravilla habituales en el género. Un precedente inolvidable es el relato titulado precisamente *Primer Contacto* (1945) de Murray Leinster que ha quedado ya como emblemático y en el que dos astronaves, la humana y la extrate-

restre, se encuentran en las profundidades del espacio. Ninguna de las tripulaciones quiere desaprovechar la posibilidad del contacto, pero ambas recelan de las intenciones de los otros y por ello temen indicar dónde está el planeta del que proceden.

En 1985 apareció la novela de Carl Sagan, y paralelamente el mundillo de la ciencia ficción saludaba con alborozo la llegada del primer volumen de la trilogía *The Trigon Disunity*, de Michael Kube-McDowell, que con *emprise* (1985), *enigma* (1986) y *empery* (1987) crea una saga espacial de amplia repercusión en la que brilla con luz propia la capacidad especulativa de la buena ciencia ficción. Se trata también de una primera novela que, aun sin el respaldo comercial de un nombre famoso, cumple en este caso con las expectativas habituales en el género.

Viene todo esto a cuento porque la novela que hoy presentamos es precisamente el primer volumen de una trilogía que ya se considera un clásico indiscutible del tema del primer contacto. En palabras de Dan Chow, el crítico del famoso fanzine LOCUS:

«A pesar de que Benford es más conocido por *Cronopaisaje*, su reputación futura se basará en la obra que se inicia con *En el océano de la noche* y su secuela *A través de un mar de soles*».

Y también:

«Tomadas conjuntamente con su última obra, *great sky river*, le muestran como el responsable de la más importante ciencia ficción que hoy se escribe».

Ni que decir tiene que estoy totalmente de acuerdo con Chow. Lo sorprendente en Benford es que su sólida formación científica (es profesor de física de altas energías en la Universidad de Irvine en California) va unida a una capacidad «literaria» sin par que no suele ser habitual dentro del género, por lo menos dentro del ámbito de la ciencia ficción con sólidas bases científicas.

Ese nivel literario ha llegado incluso a crearle problemas. A principios de 1985 tuvo que defenderse de las insinuaciones del crítico Gary K. Wolfe que en la revista *Fantasy Review* le acusaba de haber plagiado a William Faulkner. Wolfe encontraba reminiscencias de Faulkner en la trama, la técnica narrativa e incluso el estilo de *Against Infinity* (presuntamente derivada de la novela corta *The Bear* de Faulkner) y de *To the Storming Gulf* (derivada según Wolfe de la novela de Faulkner titulada *As I Lay Dying*).

Y pese a ello Wolfe no podía dejar de afirmar que:

«Incluso el más ardiente defensor de la ciencia ficción se ha lamentado durante mucho tiempo que el género debe todavía producir su Hemingway o su Faulkner.»... «Mi propio candidato es Gregory Benford».

Y junto a la calidad literaria indiscutida, Benford, como viejo aficionado a la ciencia ficción (editó el fanzine *Void* junto a Terry Carr y Ted White), es capaz de ofrecer ese sentido de la maravilla y esa fascinación típicos del género y ya muy difíciles de encontrar fuera de él. El tema central de las obras que se inician con *En el océano de la noche* no es ya tan sólo la relación del ser humano con el universo, sino el papel en este de la vida de tipo orgánico. De ahí la contraposición entre formas de civilizaciones que se empieza a intuir en esta primera novela que se configura como el inicio de una historia futura de ámbito galáctico centrada en el enfrentamiento entre las civilizaciones cibernéticas y las civilizaciones orgánicas, entre los ordenadores y las mentes asociadas con glándulas.

Pero junto a ello, encontramos un tratamiento serio y responsable del cambio de las condiciones del entorno en el futuro inmediato de nuestro planeta: las nuevas enfermedades creadas tal vez por la polución, la escasez de carne, las nuevas agrupaciones sexuales, las nuevas sectas, etc. Todo ello configura un mosaico de relaciones humanas en el que, en esta primera novela de la trilogía, cabe destacar el enfrenamiento entre los científicos-puros y los científicos-

administradores, asunto ya introducido en la premiadísima *Cronopaisaje*. En *En el océano de la noche* Benford incluye además el tema del control ideológico-político de la ciencia a través del papel jugado por la nueva secta de los Nuevos Hijos de Dios. Y también, como por arte de magia, asocia el tema de ámbito galáctico ya citado con otros que podríamos llamar «locales» como el del eslabón perdido entre los primates y el ser humano.

Quizá una manera de mostrar la madurez y complejidad que va adquiriendo la ciencia ficción se obtenga al comparar *En el océano de la noche* con la clásica novela de Arthur C. Clarke *Cita con Rama*. Para Clarke, la aparición de la nave extraña es un motivo para explorar el insondable misterio del espacio exterior y sus posibles habitantes y por ello la novela se centra en el objeto descubierto en sí. En cambio para Benford la aparición del Snark (homenaje evidente a *La caza del Snark*, un libro de poesías de Lewis Carroll, el creador de Alicia), es el pretexto para estudiar precisamente al ser humano y su sociedad sin por ello olvidar el misterio y las maravillas de ámbito galáctico que irán desgranándose en otros libros de esa compleja y estimulante historia futura que está elaborando Benford.

En conjunto, un «tour de forcé» impresionante, que apela a la inteligencia y la sensibilidad del lector y que inicia una obra llamada a dejar huella en la historia del género. Como ya hemos indicado, la temática de esta novela tiene su continuación en libros como *A través de un mar de soles* y *great sky river* que presentaremos próximamente en esta misma colección.

Miquel Barceló

A Joan,
que sabe lo que esto significa

No cesaremos de explorar
y al cabo de toda nuestra exploración
llegaremos al punto de partida
y por primera vez conoceremos el lugar.

«*Little Gidding*», de T. S. Eliot, en *Four Quartets*

PRIMERA PARTE

1999

De la *Encyclopaedia Britannica*, 17.^a edición, 2073:

Ícaro

(ik-ə-rðs)

Planeta menor 1566. Tenía la órbita elíptica más excéntrica de todos los asteroides conocidos ($e = 0,83$), el eje semi-mayor de menores dimensiones ($a = 1,08$) y era el que pasaba más próximo al Sol (28 000 000 de kilómetros). Lo descubrió en 1949 Walter Baade, del Observatorio de Monte Palomar. Su órbita se extendía desde el exterior de la de Marte hasta el interior de la de Mercurio y podía aproximarse 800 metros y un período de rotación de unas dos horas y media. La órbita inusitada sólo despertó escaso interés hasta junio de 1997, cuando Ícaro empezó a emitir súbitamente un penacho de gas y polvo. Puesto que al parecer se trataba de un asteroide Apolo típicamente rocoso, esta transformación en un cuerpo semejante a un cometa conmocionó al mundo de la astronomía. La peculiaridad despertó gran preocupación en octubre de 1997, cuando los cálculos demostraron que el impulso transferido a la cola disparada del cometa estaba alterando la órbita de Ícaro. Esta perturbación orbital podía determinar que, al cabo de pocos años, una parte del cometa chocara con la Tierra. El impacto del gas tenue sería inofensivo. Pero en esas circunstancias la cabeza del cometa Ícaro permanecía oculta y algunos especialistas en el tema conjeturaban que podía conservar un núcleo sólido, en cuyo caso...

Ícaro

En la leyenda griega, hijo de Dédalo. Después de que Dédalo, arquitecto y escultor, construyó el laberinto para el rey Minos de Creta, perdió la confianza del monarca. Fabricó, para sí y para Ícaro, unas alas de cera y plumas, y huyó a Sicilia. Sin embargo, Ícaro se acercó demasiado al Sol y sus alas se derritieron, debido a lo cual cayó al mar y se ahogó. La isla en la que el mar depositó sus restos fue bautizada posteriormente con el nombre de Icaria. A menudo se invoca la leyenda como símbolo de la búsqueda de conocimientos y nuevos horizontes a cualquier precio. La obra maestra de Van Hoven, *Icarus Descending* (1997) alude a Ícaro como paradigma de la decadencia del predominio cultural de Occidente...

1

Descubrió la montaña voladora por su sombra.

Delante, un velo turbulento de polvo atenuaba el resplandor del Sol, y Nigel vio por primera vez a Ícaro en la punta de un penetrante dedo de sombra, entre las nubes.

—Aquí está el núcleo —anunció por la radio—. Es sólido.

—¿Estás seguro? —preguntó Len. Su voz, filtrada por la estática crepitante de la radio, sonaba atiplada y lejana, a pesar de que el módulo *Dragón* esperaba a sólo mil kilómetros de allí.

—Sí. Algo muy voluminoso proyecta una sombra a través del polvo y la cabellera.

—Voy a hablar con Houston. Volveré dentro de un segundo, amigo.

Un zumbido embotó el silencio. Nigel sentía la boca fofa llena de algodón: era la mezcla de miedo y excitación lo que le producía la sensación de tener la lengua tumefacta. Enderezó su módulo hacia el cono de sombra que apuntaba directamente adelante, hacia el Sol, y corrigió el control de altura. Un guijarro rebotó contra la sección de popa.

Entró en el cono de sombra. El Sol palideció y después titiló cuando, a proa, una mancha de crecientes dimensiones atravesó su faz. Nigel siguió a la deriva, bañado en el resplandor amarillo. La corona flameaba y brillaba alrededor de una dura pepita negra: Ícaro. Él era el primero que veía el asteroide desde hacía más de dos años. La flamante capa de polvo y gas había ocultado el centro sólido a los observadores de la Tierra.

—Nigel —dijo apresuradamente Len—, ¿a qué velocidad te aproximas?

—Es difícil determinarla. —La pepita había crecido y ahora tenía la dimensión de una moneda de cinco centavos de dólar sostenida a un brazo de distancia—. Me desplazo hacia el costado, fuera de la sombra, por si arremete a demasiada velocidad.

Dos esquirlas de piedra chocaron contra el fuselaje con un ruido hueco. Allí el polvo parecía más espeso e Ícaro sangraba fragmentos dispersos para engendrar la cola.

—Sí, eso es lo que acaban de sugerir desde Houston. ¿Alguna lectura de campo magnético?

—No... espera, acabo de detectar una. Quizás... oh... una décima de gauss.

—Ajá. Será mejor que lo comunique a Houston.

—De acuerdo. —Se le crispó ligeramente el estómago. «Ha llegado la hora», pensó.

La moneda negra creció. Alejó aún más el módulo del borde del disco, para conservar un margen de seguridad. Una descarga de los reactores de dirección redujo la velocidad. Estudió con el telescopio menor el borde irregular de Ícaro, pero el blanco fulgurante del Sol difuminó los detalles. Sintió que su corazón palpitaba dentro del traje que le constreñía.

Un clic, un poco de estática.

—Aquí Dave Fowles, en Houston, Nigel, comunicando vía *Dragón*. Enhorabuena por su contacto visual. Queremos verificar esta fuerza del campo magnético: ¿puede transmitir el registro automático?

—Entendido —respondió Nigel. Las conversaciones con Houston se retrasaban: la demora era de varios segundos, a pesar de que las ondas de radio viajaban a la velocidad de la luz. Accionó los interruptores y se oyó un «bip» agudo —. Listo.

El borde del disco arremetió hacia él.

—Voy a rodearlo, Len. Es posible que la comunicación quede cortada durante un rato.

—Muy bien.

Sobrevoló la nítida línea crepuscular y se topó con la luminosidad del Sol. Abajo vio la escoria calcinada de un mundo. Las pequeñas protuberancias y los valles poco profundos proyectaban sombras bajas, y en todas direcciones la roca tenía un color negro parduzco, Ícaro estaba tan cocinado como si lo hubieran ensartado en un asador: a consecuencia de su órbita muy elíptica, dos veces por año pasaba tan cerca del Sol como el mismo Mercurio.

Nigel coordinó velocidades con la roca rodante y activó una serie de experimentos automáticos. Las luces del panel parpadearon y en la atestada cabina se oyó un apacible ronroneo, Ícaro giraba lentamente bajo la luz blanca del Sol, semejante a la de un arco voltaico y parecía desolado y escabroso... sin que nada reflejara su condición de instrumento de muerte, capaz de aniquilar a millones de seres humanos.

—¿Me oyes, Nigel? —preguntó Len.

—Sí.

—Ya he salido de tu zona de interferencia radial. ¿Qué aspecto tiene?

—Pétreo, tal vez con un poco de níquel y hierro. Sin rastros de nieve ni de estructuras conglomeradas.

—No es extraño. Ha estado asándose durante miles de millones de años.

—¿Entonces de dónde salió la cola del cometa? ¿Cómo se explica la cabellera?

—Afloró una veta de hielo, o quizá se abrió una grieta en la superficie... Ya sabes qué es lo que nos dijeron. Cualquiera que fuese la sustancia, probablemente ya se ha evaporado por completo. Han transcurrido dos años, y con eso basta.

—Parece rotar... hummm, lo mediré... aproximadamente cada dos horas.

—Ajá —asintió Len—. Es lo que faltaba.

—Si fuera algo menos que roca sólida no soportaría tanta fuerza centrífuga, ¿no te parece?

—Eso dicen. Quizás Ícaro es el núcleo de un cometa consumido y quizá no... Es una roca, y ahora eso es lo único que nos interesa.

Nigel sintió un sabor amargo en la boca. Bebió un poco de agua, revolviéndola entre los dientes.

—Tiene alrededor de un kilómetro de diámetro y es casi esférico, sin muchos detalles visibles en la superficie —comentó lentamente—. No hay cráteres nítidos, pero sí algunas depresiones circulares poco profundas. Quién sabe, es posible que el ciclo de calentamiento y enfriamiento que se produce cuando pasa cerca del Sol sea un buen mecanismo erosivo.

Lo dijo mecánicamente, mientras trataba de olvidar su ligero desencanto. Nigel había alimentado la ilusión de que Ícaro fuera un conglomerado de hielo en lugar de una roca, aunque sabía que la inmensa mayoría de las pruebas indirectas se acumulaban en contra de esa hipótesis. Junto con unos pocos astrofísicos había esperado que la cabellera de 1997 —una brillante cola anaranjada de treinta millones de kilómetros de longitud que flameó y danzó e iluminó el cielo nocturno de la Tierra durante tres meses— marcara el fin de Ícaro. Ningún telescopio, ni siquiera el del Skylab X orbital, había conseguido sondear la nube de polvo y gas que se dilataba y ocultaba el punto donde había estado el asteroide Ícaro. Una serie de científicos argumentaba que la eterna lluvia de partículas procedentes del Sol —el viento solar— había erosionado una costra pétreo, y que el núcleo subsistente de hielo había entrado en súbita ebullición, formando la cabellera. Por tanto, no perduraba ningún núcleo. Pero la mayoría de los astrónomos dudaban que hubiera habido hielo en el centro de Ícaro. Probablemente la mayor parte del asteroide rocoso sobrevivía en algún repliegue de la nube de polvo.

La National Aeronautics and Space Administration disfrutaba con la controversia y esperaba que en esas condiciones fuera más fácil obtener fondos para una futura expedición a Ícaro. La cola enroscada y abierta como un abanico era más brillante que cualquier otra posterior al cometa Halley. La gente la veía, incluso a través de la atmósfera contaminada de las ciudades. Era noticia.

Pero en el invierno de 1997 la composición de Ícaro se convirtió en algo más que un problema transitorio, académico. El chorro de gas que brotaba de la cabeza de lo que ya era el cometa Ícaro pareció desviarlo. La nube de polvo se desplazaba en sentido ligeramente oblicuo al seguir la vieja órbita de Ícaro, y era lógico suponer que si perduraba un núcleo, este se hallaba cerca del centro de la nube errante. La desviación era pequeña. Era difícil practicar mediciones exactas y subsistieron algunas dudas. Pero a mediados de 1999 quedó demostrado que el centro de la nube y lo que restaba de Ícaro entrarían en colisión con la Tierra.

—Len, ¿cómo lo ves desde tu punto de observación? —preguntó Nigel.

—Muy borroso. El polvo dificulta la visual. A través de la nube, el Sol aparece de un color aguachento. Estoy muy alejado de la trayectoria, para separar tu imagen radial y de radar de las del Sol.

—¿Dónde estoy yo?

—Justo en el lugar ideal, en el centro del polvo. Rumbo a Bengala.

—Ojalá no.

—Sí. Eh... aquí recibo una transmisión de Houston para ti.

Otra breve pausa poblada de zumbidos mientras el acribillado mundo negro giraba a sus pies. Nigel se preguntó si estaba compuesto del material primigenio del sistema solar, como alegaban los astrofísicos, o si era el centro de un planeta fragmentado, como proclamaban estentóreamente

las revistas de divulgación. Él había alimentado la esperanza de que fuera una bola de nieve de metano y agua congelada, que se desintegraría al llegar a la atmósfera terrestre... poblando tal vez el cielo de chorros de luz azul y anaranjada y dispersando una aurora alrededor de todo el mundo, pero sin causar daños. Miró el mundo de escoria que lo había defraudado al ser tan concreto, tan letal. Las cámaras automáticas se disparaban metódicamente, revelando sus protuberancias y depresiones fortuitas. En la cabina había un penetrante olor a metal caliente y sudor rancio. Ahora, nada de paseos despreocupados y expediciones de prospección, nada de mediciones, nada de recolecciones de muestras. No había tiempo.

—Nuevamente Dave, Nigel. Los campos de fuerza magnética lo confirman, amigo. Níquel y hierro. Ochenta por ciento de pureza, o más. A juzgar por las dimensiones, calculamos que la roca tiene una masa de aproximadamente cuatro mil millones de kilogramos.

—Correcto.

—Las mediciones de radar de Len también nos han ayudado a determinar la órbita con más precisión. Esa bola de roca que estás mirando caerá en medio de la India, tal como habíamos previsto. Yo...

—Quieres que nos dediquemos al comercio de aves —le interrumpió Nigel.

—Sí. Pon el Huevo.

Nigel encendió un panel de monitores.

—Inicio el proceso de activación del Huevo —dijo Nigel mecánicamente, mientras observaba las secuencias luminosas.

—Buena suerte, amigo —intervino Len—. Será mejor que busques un lugar para depositarlo. Disponemos de mucho tiempo. Llámame si necesitas ayuda —agregó, aunque ambos sabían muy bien que Len no podía introducir el módulo *Dragón* en la nube sin perder momentáneamente casi todas las comunicaciones con Houston.